

NARRATIVA



Prólogo

Mientras el Sr. Crisantemo se mesaba el bigote y leía ansioso el relato, el Sr. Nardo y el Sr. Margarita apuraban sendos Farias y las copas de anís bajaban y bajaban.

- No, que lo leas tu primero
- No, tu
- Pues me lo leo en casa
- Pues no, léetelo aquí

La tensión se mascaba en el ambiente, y se podía ver que el acuerdo era casi imposible. Los textos eran pocos y la calidad dejaba mucho que desear. De vez en cuando aparecía alguna perla en bruto que captaba la atención de toda la banda, cuatro aprendices proscritos de la filología, cuyas únicas características comunes eran un cierto regustillo por las historias tórridas y sangrientas de una extensión inferior a veinte páginas y el no poder leer mas de veinte páginas al día. Estaban condenados a entenderse y a compartir los diez metros cuadrados de la sucia, oscura y apestosa buhardilla de techo bajo, donde todo olía al tabaco barato del Sr. Nardo.

Nervioso, el Sr. Rosa se levantó con vehemencia olvidando momentáneamente la viga que sostenía el techo de poliespán: el tremendo impacto le abrió los ojos, al mismo tiempo que el chichón comenzaba a alborotar su pelo grasiento.

- Lo estoy viendo, lo veo con una claridad meridiana - dijo, mientras sus ojos vidriosos se fijaban en un punto inconcreto de la habitación -, este no es el camino, no estamos juzgando los relatos de unos Chéjov, o Borges, o... pues eso, Borges. Muchos de los que han escrito han puesto ilusión y trabajo en el que puede ser su primer relato, hay buenas ideas y a veces buenos desarrollos. Falta mucho camino por recorrer, pero creo que este material es, cuanto menos, honesto... Esta gente nos está dando esperanzas, todavía hay ganas y cosas sobre las que escribir... ¡¡¡El cuento no ha muerto!!!

Todos se miraron estupefactos, la leve tirilla de baba que caía por la comisura del Sr. Rosa fue clara evidencia de su estado. El ridículo y el dolor de cabeza le obligaron a sentarse.

- Pues es que... no me lo quiero leer -dijo el Sr. Nardo
- Yo no voy a ser el primero
- Léetelo tu, venga

El Sr. Crisantemo siguió mesándose el bigote y leyendo ya con menos interés. Por un momento el silencio lo invadió todo, y en un arrebató de lucidez los cuatro se levantaron al mismo tiempo, el techo comenzó a temblar y la viga se desprendió de uno de sus extremos. Por fin se habían puesto de acuerdo.

(Este editorial está basado en un hecho real)